

ESPIRITUALIDAD MONASTICA FEMENINA

Esto no es una conferencia, tampoco un ensayo sino una profesión de fe. Nunca traté de estudiar estos temas de manera sistemática; solamente traté de adquirir alguna comprensión de esta vida monástica que se supone que vivo, leyendo autores, escuchando predicadores y comparando sus enseñanzas con nuestra propia experiencia diaria. Cuando finalmente después de veinte años se me pidió que hablara sobre el tema a algunas monjas jóvenes, era, y aún lo soy, incapaz de reconocer con exactitud mis deudas a todos los autores; además sospecho que a algunos de ellos no les gustaría mucho encontrarse citados en una síntesis privada bastante diferente de las suyas. No importa. En una profesión de fe las referencias son de poca importancia y la originalidad de ninguna: lo que buscamos al construir nuestras hipótesis de trabajo sobre la vida monástica es el *testimonium Scripturae*, la coherencia y la aplicabilidad.

La necesidad de adquirir esa profesión de fe ya se hacía sentir en el período del noviciado. Sin embargo, es característico que en ese tiempo no nos preocupábamos por una espiritualidad monástica distinta para las mujeres. Tomábamos, sobre todo de Merton y Bouyer, la espiritualidad de los hombres, menos el sacerdocio ¡como si la mujer fuera un hombre *menos* algo! Me llevó años darme cuenta de la diferencia.

Bien, ¡empiezo!

1. Clotilde, soyez homme: la igualdad a través de la diferencia

Para "el Sacerdote" en el Génesis (1,27) tanto el Hombre como la Mujer son imagen de Dios. Quizás incluso ambos juntos: la imagen habría sido menos parecida al Original si uno de esos dos elementos hubiera faltado. Tanto para

el "Sacerdote", como para san Pablo en *Ga* 3,28, lo que importa es la igual dignidad de los sexos frente al Creador, y más tarde, frente al Redentor. El Yavista, por el contrario, que describe la creación del Hombre y de la Mujer con cierta extensión y de manera pintoresca (*Gn* 2,18...), está interesado en las relaciones mutuas de los sexos tal como fueron creados por Dios. Su narración está maravillosamente equilibrada: el Hombre es creador primero, pero el material utilizado es polvo del suelo y el lugar aún es estéril; la Mujer viene en segundo lugar, pero el material utilizado es el cuerpo humano, y el lugar, el Paraíso. Ella parece secundaria, pero más noble, más joven pero en cierto modo más sagrada. Aparece bajo el dominio del Hombre ya que recibe un nombre de él, como ocurrió con los animales, pero el nombre de ella es de una dignidad insuperable: al Hombre no se le da nada equiparable.

Y —contrariamente a los animales— ella es la ayuda *adecuada* para el Hombre. La diferencia, entonces, es creadora y enriquecedora; puede inferirse que no sería tan bueno para el Hombre si la ayuda dada fuera otro hombre aun si la reproducción se realizara de otra manera.

Hombre y Mujer son, pues, creados como diferentes e iguales. Decir "diferentes pero iguales", implicaría que ¡la igualdad es identidad! Desafortunadamente en todo el mundo por razones históricas la igualdad original quedó olvidada. Por otra parte, al menos en Europa, estamos insertos en una cultura cuyo sentido de la jerarquía de los valores la hace casi incapaz de ver la igualdad en la diferencia: si dos cosas son diferentes, entonces una necesariamente debe ser mejor y la otra peor. De este modo, aún sigue siendo un halago decirle a una mujer que hace o soporta cosas "como un hombre": como en las novelas antiguas, cuando Clotilde comenzaba a llorar y precisaba un aliciente para detenerse, se la urgía a "ser un hombre". Ultimamente, en Polonia, vimos una propaganda que se propone "hacer" a la Mujer igual al Hombre consiguiendo que trabaje, converse y se parezca a un hombre, con la idea subyacente de que esa conformidad es igualdad. No lo es. La igualdad en cuestión no necesita hacerse sino reconocerse —y esto mientras la Mujer sigue siendo ella misma—.

Por supuesto, es tan tonto creer en la superioridad de la Mujer como en la superioridad del Hombre. A veces las diferencias psicológicas pueden producir malentendidos, pero fueron hechas para ser complementarias. La diferencia en el enfoque, en las necesidades, en las funciones, debería ser reconocida y mantenida. Si usted trata de hacer de una novicia un buen monje en lugar de una buena monja, posiblemente se espante con el resultado.

Pero primero de lo que debemos desembarazarnos es de todo sentido de inferioridad (o superioridad al respecto). Algo anda mal en el monasterio de monjas cuando el querido Padre capellán es de lejos la persona más importante (y mejor alimentada). Pero sería igualmente equivocado que fuera menospreciado sólo por ser hombre...

2. Una pata de cabra: el otro sexo como problema

Los sexos son complementarios, pero de esto no se sigue que cada mujer deba necesariamente encontrar un hombre que la complemente —o cada hombre una mujer—. A menudo es imposible; a menudo, también, renunciamos voluntariamente a ese complemento a causa del Reino de los Cielos. De todos modos, desde el pecado original, el Otro Sexo ha sido un problema: cómo estar juntos, si se es casado, o cómo prescindir, si se es soltero.

El problema del celibato es más o menos agudo según la constitución psicofísica individual de él o de ella. Para algunos, casi no existe; para otros es la privación principal. Parece que éste último caso ha sido siempre el más hablado y ha creado alrededor del problema una atmósfera de tensión que el formador no se atrevía a disipar. “¡Si tocas la mano de una mujer, piensa que estás estrechando una pata de cabra!”. Esta era la línea de conducta de moda para los monjes, y a las monjas se les aconsejaba ser también así de precavidas. Conozco deliciosos cuentos de carmelitas que se agachan debajo de la mesa porque ven pasar por la ventana la cabeza de un hombre, o de sacerdotes que rodean un edificio en lugar de ingresar en él directamente, todo porque había mujeres sentadas entre ellos y la entrada. Mucha legislación monástica parece haber sido obra de personas con una mentalidad o un conflicto de ese estilo. De esto no se sigue que sus dificultades no fueran reales. Incluso en nuestros tiempos hemos visto muchísimos casos, tanto de sacerdotes como de monjas, que en realidad cedieron a tentaciones que no consideraron necesario evitar.

Normalmente, sin embargo, creo que el término medio es el mejor: para la mayoría: ni el nervioso alejamiento, que puede ser un disfraz de la atracción; ni la familiaridad innecesaria, sino la serena buena voluntad de un corazón persuadido de que el Otro Sexo es tan humano como nosotros y está buscando a Dios tan devotamente como nosotros. El conocimiento del fundamento de nuestro propio carácter, la humildad y el sentido del humor pueden resguardarnos perfectamente bien tanto de la infidelidad a nuestros votos como del absurdo de suponer que todo varón que aparezca en nuestro camino los pone en peligro. O lo desea. ¿Por qué tiene que desearlo?

Después de todo, estamos buscando al mismo Dios de quien todos somos imagen. Algunos hombres son también sacerdotes de la Iglesia, investidos de autoridad oficial. Algunas mujeres son líderes carismáticos dentro de la misma Iglesia: grandes santas con enorme influencia, como Catalina de Siena, o “simplemente” ángeles de Dios con un mensaje de esperanza y caridad para determinado grupo de gente: un convento, un suburbio, una fábrica. Autoridad y carisma son una vez más complementarios e igualmente necesarios en la Iglesia.

Por otra parte, encontramos, por supuesto, sacerdotes que tienen la capacidad de vernos simplemente como personas humanas y otros que no. Algunos

nos miran sospechosamente como un Peligro para su virtud, aunque no aclaran, una vez más, porqué deberíamos querer serlo —especialmente cuando ellos no son necesariamente muy atractivos—. A estos deberíamos simplemente compadecerlos y dejarlos en paz, sean quienes sean. Pero hay también algunos que nos miran como lícito campo de su influencia, y esto es un error al que deberíamos oponernos resueltamente. No somos legítima propiedad de nadie, sino de Dios.

La voluntad de dominar es tan dañosa como el erotismo para las pacíficas relaciones entre monjas y sacerdotes (o monjes). Si un predicador dice a otro (y ¡no estoy inventándolo!): “Estás invadiendo mi territorio” —el *territorio* debería protestar contra la palabra mío. ¿Por qué razón dice una creatura mortal eso de otra? Y de todos modos los “territorios” tienen una triste historia en la Iglesia: ¡pensemos en la división de China en territorios particulares de varias órdenes religiosas! Y aún antes, san Pablo, bastante inclinado a dividir los fieles en grupos de los “suyos” y de los otros apóstoles, se vio forzado, por los desastrosos resultados, a manifestar que los cristianos eran propiedad no de Pablo o Cefas, sino de Cristo. Me inclino a creer que san Pablo se hizo santo no por sus posesividades, sino a pesar de ellas.

No quiero decir que no necesitemos dirección espiritual. La necesitamos: de parte de monjes y de sacerdotes, y también de parte de nuestras propias Superiores y hermanas. Pero sea quien sea el que la ejerza, debería continuar siendo un servicio y nunca degenerar en ninguna clase de posesividad. Esto iría directamente en contra del único sentido real de la dirección espiritual que es hacernos pertenecer indivisamente a Dios.

3. Mi señora Eustoquia: sobre el amor interpersonal

San Jerónimo era también un hombre excepcionalmente inclinado a dominar por naturaleza; tanto su sacerdocio como su erudición parecían proporcionarle excusas, y la cultura en la que vivía, con la ayuda de algunas citas bíblicas (por ej. *1 P 3,6*) lo hizo más propenso a “dominar” a las mujeres. Y sin embargo, en una de sus cartas encontramos esta frase: “Mi señora Eustoquia puesto que debo llamar mi señora a la Novia de mi Señor...”.

Creía firmemente que el Hombre era el administrador de Dios en la tierra. Pero la parte que le correspondía a la Mujer de ningún modo era despreciable: podía convertirse en la novia de Dios. No juzguemos una cosa en contra de la otra: son diferentes, sin que una de ellas sea mejor o peor.

Con respecto a esto, la Mujer posee una actitud psíquica especial: es decir, la mujer madura psicológicamente, no puede amar Ideas o Cosas; su amor siempre se dirige a Personas. Incluso aquellas cuya femineidad ha tomado un giro equivocado deben amar al menos una cosa viviente, ¡aunque sea a un gato! Un hombre puede pasar la mejor parte de su vida buscando verdades im-

personales y creando complicadas cadenas de ideas abstractas. Y esto es muy bueno y provechoso: se aclaran muchos problemas y se evitan muchas dificultades. Pero una mujer se fastidia con esas cosas: necesita relaciones interpersonales, incluso como tema de su investigación científica. Por supuesto, hay excepciones, incluso notables, pero en general esa afirmación es correcta.

También en la vida espiritual, al hombre le es más fácil ver Causas (apostolado, campaña antialcoholismo, etc.) donde la mujer ve Casos (este niño que necesita aprender, la familia de este borracho). Ambos, por supuesto, pueden servir a Dios de esa manera u olvidarlo en un rincón, dejándose absorber por sus respectivas preocupaciones. En la cultura, tanto el Hombre como la Mujer son creativos, pero de diferentes modos: el Hombre es normalmente mejor para crear obras de arte espectaculares, pero la Mujer es quien a través de una innata necesidad de crear armonía y belleza a su alrededor, traduce esta hazaña a la experiencia cotidiana. Hasta ahora, nunca he oído hablar de compositoras mujeres de fama mundial, pero el canto de mi madre fue una de las alegrías de mi infancia.

Todo esto me lleva nuevamente a la afirmación de que la Mujer necesita un amor interpersonal. Para eso había sido pensada. Es por naturaleza la novia de Dios, y por eso María es la Mujer por excelencia. También lo es la Iglesia —la Novia del Cordero— cuya actitud hacia Dios es también la nuestra.

Ahora bien el amor, por supuesto, no es una experiencia de tiernos sentimientos, por genuino que sean; es autodonación y autosacrificio. A la mujer se le han dado especiales capacidades psíquicas para el autosacrificio. Sin embargo, como todas las capacidades, son tanto una ventaja como un peligro. Respecto a la ventaja, hablaré más adelante; el peligro es doble. En primer lugar, siempre está la posibilidad de ofrecernos a nosotras mismas como sacrificio en un altar equivocado. En el caso en que el amor que se declaraba a Dios, se oriente hacia la Madre Superiora, hacia el Padre Confesor o de cualquier otro modo equivocado. Los Profetas encontrarían aquí una palabra mucho más fuerte que “equivocación”; hablarían de adulterio. Y el segundo peligro es que podemos comenzar a pedir recompensa por nuestro sacrificio. En el matrimonio esto puede ser un perjuicio, pero no es una blasfemia; ya que dos seres humanos están en igualdad de condiciones. Pero en la vida espiritual, no es cuestión de los “méritos” y sacrificios para negociarlos con Dios Todopoderoso, realmente no es conveniente.

4. El séquito del Cordero: sobre el signo de virginidad

El mensaje cristiano de la Gracia redentora encontró al mundo pagano en un singular desorden en lo que se refiere al sexo. Basta recordar que: las leyes romanas tenían que exigir por la fuerza el matrimonio a los ciudadanos;

y en Grecia la prostitución se consideraba algo tan normal que los discípulos bautizados de san Pablo precisaron ser instruidos repetidamente al respecto.

Había además algunas teorías, provenientes fundamentalmente del Este, que condenaban toda materia (el cuerpo y todas sus actividades) como mala. Creer en ellas, y al mismo tiempo creer que era imposible escapar de la concupiscencia, era llegar al fondo de la desesperación. El mensaje cristiano, sin embargo, negó las dos. Afirmó que el Cuerpo era bueno, que el matrimonio honesto era bueno, que la virginidad "para el Señor" era aún mejor, y que ambos eran, por la gracia de Cristo, POSIBLES. ¿No creen que son posibles? Esta es la prueba: nuestras Vírgenes.

Cada Iglesia local tuvo sus vírgenes: ya se mencionan en el N.T. Pronto comienzan a ser consagradas solemnemente por el Obispo quien además les entregaba un velo. Eran un signo, un argumento apologético: una prueba del trabajo de la gracia en un alma humana, de esperanza, de verdad.

Y ahora viene el quid. En el Apocalipsis vemos al Cordero rodeado por una corte de HOMBRES vírgenes ("que no se mancharon con mujeres" *Ap* 14,1-5. Cf. *Ex* 19,15, etc.). Mientras en teoría queda claro que tanto el Hombre como la Mujer pueden igualmente permanecer castos, es sumamente difícil encontrar otros textos que designen esta función en la Iglesia para los hombres. Más tarde encontramos hombres ascetas, y aún más tarde monjes, pero, por regla, no se los interroga sobre su vida sexual previa. A las mujeres sí. El título oficial de Vírgenes se reservaba para las Vírgenes MUJERES. La consagración, la parte de un signo especial (aunque no toda esperanza de santidad, ¡por supuesto!) se reservaba para ellas.

¿Por qué? No considero que fuera por razones históricas o culturales: las razones naturales son lo suficientemente buenas. Un único acto sexual produce tremendos cambios en el organismo de la mujer, mientras que en el hombre no sucede así. Para ella es un punto sin retorno, a menudo la puerta de la maternidad que opera también algunos cambios en su psiquis. Por eso una mujer normal desea un amor de toda la vida, a menudo con la desaprobación de la mariposa masculina, que vuela alegremente de una flor a otra y se molesta bastante si una flor trata de apresarla para siempre. Una mujer normal necesita constancia en el amor porque ha sido planeada para resultados de larga duración: meses de gestación, años de maternidad.

Es mucho más fácil saber si una mujer es virgen o no: a veces sólo basta con mirar sus ojos. Además, en una Iglesia pequeña, los vecinos conocen todo y pueden dar testimonio —pregúntenles, por favor— de que todas nuestras Vírgenes viven en castidad, entregadas a la oración y a las obras de misericordia. ¿Piensan ustedes —como habitualmente lo hacen los hombres— que la mujer por su naturaleza es más débil en materia de sexo que el hombre, por así decir, incubablemente voluptuosa? Miren entonces a nuestras Vírgenes, a esos seres "débi-

les" que a pesar de todo permanecen castas y que han resguardado su devoción indivisa por el Señor (1 Co 7,35). ¿Acaso son la mejor prueba de la Gracia que obra en la Iglesia?

El signo de la Virginidad, pues, es más legible en la Mujer que en el Hombre. Y mi experiencia me demuestra que este signo obra en nuestro mundo actual así como obró en el de los Apóstoles.

5. La Magdalena medieval: sobre el arrepentimiento

Arrepentimiento, oración y amor son los tres fundamentos de la vida monástica. Deben ser, pues, incluidos en esta profesión de fe.

Hubo muchos grandes hombres santos que vivieron una dramática conversión: en cierto modo el mismo san Pedro, san Pablo, san Agustín... Sin embargo, siempre fueron venerados ante todo como apóstoles y maestros. Pero desde la Edad Media, occidente tuvo otro culto cuyo único mensaje era de esperanza y de perdón: el de santa María Magdalena. La mujer que lloró a los pies de Cristo y que ungió Sus pies y Su cabeza. Hoy en día nos dicen que éste fue error medieval, que tres mujeres distintas en el Evangelio fueron fusionadas en una. No hace al caso: solamente hace que nos demos cuenta de que había muchas mujeres que, ya sea pidiendo perdón al Señor por sus pecados, ya sea siendo liberadas de siete demonios, pasaron del pecado a la contrición y cuyo amor posterior fue mayor que el de la gente respetable, normal. Que no hicieron preguntas, que no necesitaron argumentos convincentes, pero que lloraron y aceptaron la Gracia y siguieron al Señor. Todo el sufrimiento y todo el deseo vehemente de los pecadores se expresaron en esa historia, contada y pintada innumerables veces.

Y hasta que esa historia no sea también la nuestra, no nos convertimos en monjas. La gran tormenta de la contrición no está a nuestra disposición: puede llegar un día, si Dios quiere, o no. También las lágrimas del regreso al hogar *de profundis*, lágrimas más benditas que toda dicha, se dan solamente en los puntos decisivos más importantes de nuestro camino. Pero mientras las pedimos, tenemos la diaria tarea —y la diaria gracia que la acompaña— de darnos cuenta cada vez mejor quién es quién: Cristo y yo, el Redentor y la pecadora, la Luz y una masa de oscuridad bastante desaliñada. No debemos dramatizar nuestros pecados, lo cual se acercaría más al orgullo o a la histeria que a la contrición: tal como son, en la vida cotidiana, ya son bastante aborrecibles, no por su "gravidad" espectacular, sino porque significan Amor no correspondido, agradecimiento olvidado, Cristo mismo despreciado.

Algo más: una contrición que se da solamente entre Dios y yo, en tanto que me ofendo por cualquier corrección de mis prójimos, no es en absoluto contrición. Además los dones de la oración no pueden penetrar en nosotros hasta que ese problema sea solucionado o por lo menos reconocido.

6. Abilitas pati: sobre la oración contemplativa

Una mujer común es físicamente mucho más débil que un hombre común en el sentido de que no puede llevar cargas pesadas. Sin embargo, como está pensada para el parto, es mucho más fuerte para soportar el dolor (no el miedo al dolor, sino el dolor real, una vez aceptado). Por eso los comentarios de los Padres sobre las mujeres mártires me parecen un poco cómicos. *Deus qui etiam in sexu fragili victoriam martyrii contulisti... qui infirma mundi eligis ut fortia quaequae confundas...* Si se hubiera tratado de una bolsa de trigo, entonces ciertamente una Inés o una Agata no podrían haberla levantado sin un milagro. Pero dado que se trataba de dolor, el milagro más grande fue que lo soportara un Lorenzo.

Es interesante que en la actualidad cada vez menos hombres lleven una vida contemplativa. Incluso los monjes están muy a menudo inmersos en la actividad: enseñando, predicando, atendiendo parroquias. Es verdad que se necesitan sacerdotes —pero ¿no encerrará tal vez este hecho algo más que el actual aprieto en que se encuentra la Iglesia? Los hombres menos aptos para sufrir; ahora bien, la vida contemplativa es justamente eso, sufrir la acción del Señor y no obrar por nosotros mismos. La iniciativa, la dirección, incluso la comprensión del camino es Suya, no nuestra.

Nuestra “vida espiritual” es ese molino de Dios, destinado a triturarnos hasta convertirnos en puro trigo. Pero esto ciertamente no es divertido. La incapacidad de continuar rezando, el creciente conocimiento de nosotros mismos, (con la tentación de consolarnos con los vicios de los demás), una parálisis espiritual, una creciente aversión por todo lo que es bueno y santo... Esta es la encrucijada: o la aceptamos como la revelación de la verdad del Universo y nos volvemos amargados y pesimistas hasta el final de nuestros días, o la asumimos como nuestra propia enfermedad, suplicamos misericordia y continuamos a ciegas, esperando que esto, sea lo que sea, pase. Y así sucede. Algunas veces, como pasó con Santa Teresa de Lisieux, se da hasta la pérdida de toda fe emocional, y únicamente la intención no sentida, carente de emoción, nos mantiene todavía en pie.

Todo esto es un camino seguro hacia la pureza de corazón, pureza que ve al Señor, le da gloria y se adhiere fuertemente a Su Misericordia. Pero una vez más, transitar ese camino no es, en absoluto divertido, sea cual sea la representación popular de la “sublime santidad”. Y aunque, por ser mujeres, estamos bien equipadas para este camino, no se sigue de esto que no exista el peligro de que nos desboquemos aterrorizadas. Y si huimos —en la disipación o incluso en “cosas útiles”— nos convertimos en algo anormal: en la monja contemplativa que no reza...

7. Una libra o un puñado de monedas: caridad y sentimentalismo

Puesto que la mujer está pensada para amar y no puede ser feliz si no ama y no es amada, surge el problema del compañero. Teóricamente, nosotras ya lo hemos solucionado al elegir a Dios, y de esta elección, llamada castidad, fluyen la pobreza y la obediencia como señales adicionales de que estamos satisfechas tan sólo con Su amor. También la caridad con nuestros prójimos: ya que nuestro Amado los quiere, nosotras también.

Sin embargo, es fácil, desviarse de este camino, aunque sea muy ligeramente al comienzo; pero los resultados pueden descarriarnos.

1. Por falta de reverencia. A menudo no nos damos cuenta suficiente de quién es El que nos permite acercarnos tanto a El. Leamos *Is* 40,12-26 y preguntémonos a nosotras mismas si no nos aproximamos al Señor Todopoderoso con tanto descuido como si El fuera un ídolo hecho con nuestro propio oro, por nuestra cuenta.

2. Por falta de atención. Se nos enseñó en primer lugar a ser conscientes de la presencia del Señor. Si lo malinterpretamos, esto puede convertirse para nosotros en la presencia vigilante del Hermano Mayor; y así comenzaremos a tener escrúpulos que conducen finalmente a un nervioso rechazo de lo que se vuelve una carga insoportable. Pero Su presencia, en realidad (así El se humilló) es más bien la de un amor que pide ser correspondido. Esto no siempre es fácil de hacer: Su amor es tan distinto del nuestro, ante todo porque es inmenso, a veces desalentadoramente inmenso. Pero debería ser correspondido con nuestro amor y contrición: no con escrúpulos o temor nervioso que conducen a la indiferencia.

3. Por una disipación emocional. Con esto quiero significar dar migajas de nuestro corazón a todos y a cada uno con la esperanza de que nos devuelvan con la misma moneda. Cuanto mayor buena voluntad tengamos y mostremos a todos nuestros prójimos, más amamos por supuesto, a Dios; pero si esta buena voluntad se vuelve interesada, si luego comenzamos a pedir reciprocidad con rapacidad y consideramos una tragedia si por una u otra razón ya no podemos conseguirla, las cosas indudablemente han ido demasiado lejos. Creo realmente en la amistad y verdaderamente podemos pasar toda la vida en un monasterio teniendo queridas amigas dentro y fuera de él, para provecho espiritual de todos; pero con la condición de que no nos permitamos a nosotras mismas ni poseer ni ser poseídas.

4. Por falta de amor. Si somos demasiado dependientes de los vínculos humanos, comprometemos nuestra libertad de hijos de Dios y nos convertimos en prisioneros emocionales. Entonces de repente aparecen enemigos: todos los que de alguna manera están en nuestro camino o que nos critican. Comienzan las disputas, las camarillas y las cosas a escondidas. La (triste) broma es que una

monja que ha vaciado así su corazón a menudo cree que está sufriendo persecución a causa de la ternura de su corazón.

Me parece que éste es el test de una amistad: es una buena amistad si: a) podemos soportar correcciones de nuestros amigos; si no, entonces lo único que en realidad buscábamos era ser apreciados; si b) podemos compartir nuestros amigos con otros; si no, se trata de posesividad y de infidelidad, y si c) después de un tiempo podemos ver que los frutos de esta amistad son buenos. Después de un tiempo. No sería sensato (o virtuoso, en lo que a este asunto se refiere), ahuyentar a todos los amigos potenciales por anticipado para asegurarnos de no desarrollar lo que se llamó por centurias "una amistad particular". Después de todo, se nos dijo que cortáramos la mano que nos escandaliza, pero *no* se nos dijo que cortáramos todos nuestros miembros por anticipado, por si acaso.

Un amor desubicado por algunos de nuestros prójimos siempre nos lleva a odiar a otros. Pero incluso sin ir tan lejos, en una comunidad es muy fácil desarrollar profundas aversiones: estamos tan cerca unos de otros todo el tiempo, vemos los vicios de cada uno tan claramente y soportamos la humillación de que vean tan claramente los nuestros. Pero esto significa que la comunidad nos da la oportunidad de revelarnos nuestro verdadero modo de ser también a nosotros mismos. Con la gente de afuera es demasiado fácil tener la mejor de las reputaciones; ¡pero nuestras propias hermanas nos ven demasiado bien! Por eso, "dentro" de la comunidad (y no mentalmente fuera de ella) es donde deberíamos examinar nuestra conciencia, especialmente respecto de la caridad.

8. Adoratrix nata: sobre la adoración

De acuerdo a san Pablo la división de la humanidad en dos partes, masculina y femenina, era una imagen terrestre del amor entre el Señor y Su Pueblo. La Iglesia es la Novia del Señor; la Mujer fue creada como imagen de la Iglesia y provista de una singular capacidad para la adoración. Esto ya lo habíamos mencionado aquí, y ahora es el momento de hablar más al respecto.

1. Esta idea no debe aplicarse de tal manera que se infiera que la persona adecuada para ser adorada por la Mujer es el Hombre, y entonces la imagen será perfecta. La adoración está destinada a Dios, no a creaturas humanas. Los seres humanos son iguales en dignidad: si uno adora a otro, se trata de un encuentro de vanidad con degradación. Además los seres humanos son mortales y no es cuerdo adorar imágenes pasajeras en lugar del Dios Vivo. Por otra parte, Dios es celoso: ¡leamos Isaías o el *Liber Sapientiae* sobre la idolatría! Sin embargo, sucede que una mujer se haga idólatra, adorando a su esposo, a su jefe o a su superiora. El término es, como en toda idolatría: vergüenza y vacío.

2. Nuestra adoración es, pues, para Dios Creador (miremos los Salmos) y Redentor: *quoniam in eternum misericordia eius*. Especialmente a Cristo, en Su tremendo misterio de humillación, victoria y misericordia deberíamos dar una incesante acción de gracias, que llegue al Padre a través de El: la liturgia está para eso.

3. Para que sea más fácil para nosotros, creaturas carnales, existe la Presencia Sacramental. No hace mucho se nos decía que el tabernáculo era un piadoso error de nuestros antepasados que habían olvidado todo el sentido del "Tomad y comed" y decían "Guardad y adorad" en su lugar. Gracias a Dios que lo hicieron. Porque ahora tenemos a ambos: la Comida sin ninguna restricción y la Presencia que santifica nuestras iglesias y que nos da una orientación dentro del espacio sagrado. Recuerdo que una monja luterana me dijo cuánto nos envidiaba esto.

4. En cuanto a los motivos, la adoración es debida a Dios simplemente porque El es Dios, y por eso no hay necesidad de encontrar ninguna justificación para la vida monástica probando que es "útil": más allá de toda utilidad, es debida simplemente a Dios, igual que la acción de gracias es debida a El por Su misericordia, en tanto que la súplica es un signo de nuestra dependencia, de nuestra obediencia y de nuestra confianza.

5. Las monjas sacramentinas pueden decirnos que adorar significa ofrecerse a uno mismo en sacrificio. Su fundador vio esto como nuestra participación en el máximo Sacrificio, ofrecido por Cristo al Padre. De aquí que todos nuestros sufrimientos, de cualquier clase que sean, llegan como una oportunidad que deberíamos utilizar. Aquí reside toda la diferencia entre quemar incienso en una chimenea o en un incensario, aunque en ambos casos se consume por medio del fuego de la misma manera. Quien acepta sufrir a la fuerza y quejándose, tan sólo pierde felicidad. Quien lo acepta para la gloria de Dios participa en el sacrificio de Cristo.

9. Escucha, Hija: sobre las Reglas para hombres y mujeres

Había algunas reglas escritas expresamente para mujeres, aunque la mayoría de ellas por hombres. En nuestro mundo monástico, sin embargo, hay sólo una Regla, escrita por un hombre y ciertamente destinada en primer lugar a los hombres, pero por su amplitud, suficientemente aplicable para comunidades femeninas, aunque no sin modificaciones.

San Benito mismo no estipuló esas modificaciones, y por eso pienso que él solamente daba consejos espirituales a las monjas pero que no impuso su regla a ninguna comunidad femenina. Si lo hubiera hecho, habríamos tenido muy probablemente una tradición manuscrita separada con la versión femenina de la Regla. Sin embargo, con el tiempo, las comunidades de monjas co-

menzaron a adoptar su Regla e incluso a hacer votos de observarla. Y aquí se planteó el problema: cuánto exactamente del texto era aplicable. La solución más simple era quitar los capítulos sobre el sacerdocio —lo que no era un gran sacrificio— puesto que incluso en las comunidades de hombres, al principio concernían únicamente a una pequeña minoría de monjes. Todos los demás monjes y todas las monjas podían observar exactamente todo el resto igualmente bien. Más tarde se quitaron algunos capítulos más: por ejemplo las reglamentaciones papales sobre la clausura hicieron inválidos los capítulos sobre las salidas, los trabajos fuera del monasterio o la recepción de huéspedes. Además hubo una tradición que cambiaba, en las ediciones destinadas a mujeres, los sustantivos y verbos masculinos al femenino: la Regla comenzaba con “Escucha, hija...” y así continuaba a lo largo del texto.

En síntesis, se creía que bastaba con deshacerse de las partes pensadas solamente para los hombres, y obtener un texto bastante apropiado para las mujeres. Yo no pienso así. La Regla contiene mucha legislación aplicable a ambos sexos, alguna destinada sólo a los hombres, y un blanco: nada destinado al corazón de la Mujer, que no es, después de todo, sólo un hombre menos algo.

¿Estoy blasfemando de la Santa Regla? No necesariamente. Su enseñanza es admirable, pero de esto no se sigue que pueda satisfacer a todos tal como es. De hecho, aunque hasta ahora, que yo sepa, no se ha levantado esta objeción, hubo intentos de llenar este hueco. Dos son singularmente importantes, y ya los mencionamos, aunque en otro contexto. Uno es tan viejo como la virginidad en la Iglesia: la idea de la Novia de Cristo, y hay fuentes para probar que a través de las centurias, la espiritualidad de cientos de monjas benedictinas estuvo centrada en la Consagración (por lo menos en Polonia, no sé en otros países). La otra se inició en el siglo XVII con Mechtilde de Bar, fundadora de las monjas sacramentinas: la Adoración Perpetua. Su teología debería ser estudiada por todas las monjas benedictinas: es un ejemplo perfecto del pensamiento monástico femenino. Ahora bien, tomando una de estas ideas (o ambas) como nuestro objetivo fundamental, de repente descubrimos que la Regla de san Benito es justo lo que necesitábamos: nos lleva directamente por el camino recto y nos ayuda a convertirnos en la Novia y/o en la Víctima *secundum cor Domini*. Aquí reside uno de los méritos de la Regla, hasta ahora apenas reconocido.

Hubo intentos (especialmente al final del siglo XIX) de deshacerse de todo excepto de lo que se encontraba en las palabras de la Regla: el objetivo para alcanzar el “benedictinismo puro”. Esa época conoció muchas críticas contra la Adoración Perpetua; la Consagración quedó preservada o tal vez soslayada. Pero yo no creo en ningún “ismo” puro, y mucho menos en el que trata de mutilar la identidad de la mujer metiéndola en un molde des-

tinado ante todo a hombres. Habría que consultar sus propias necesidades y su propio carisma.

10. El jardín de Dios: sobre la clausura

Originariamente en el Desierto, tanto los monjes como las monjas podían hacerse reclusos si lo deseaban: para la oración o para la penitencia. Nadie, sin embargo, los reprobaba si no lo hacían. Las comunidades, tanto de hombres como de mujeres, observaban varios tipos de clausura según sus propias ideas o Reglas. Pero al mismo tiempo se les aconsejaba a las vírgenes que vivían en las ciudades, que permanecieran en sus casas tanto como les fuera posible, no sólo para orar, sino también para dar un buen ejemplo a las mujeres laicas... Pronto se juzgó conveniente proteger a las comunidades de monjas de los bárbaros errantes con muros, pero también —en esa época o poco después— de su propia debilidad: y entonces fue que se dio que el jardín oculto de Dios se convirtió en una prisión. San Benito protestó en contra de algo similar cuando dijo al ermitaño encadenado que la "*catena ferri*" no debería reemplazar a la "*catena Christi*".

La historia de la clausura es una historia de reglamentos cada vez más estrictos, que sin embargo la mayoría de las veces era casi imposible cumplir. Incluso cuando se intentaba de todo corazón. Después de 1570, cuando la "clausura papal" ya estaba en vigencia y las monjas carmelitas hicieron todo lo posible por observarla (después de todo, su propio ejemplo fue probablemente responsable de que se la implantara) la crónica de más de un monasterio carmelita es una larga cadena de traslados debidos a sucesivas guerras y pestes. Sólo en el siglo XIX, cuando las pestes prácticamente cesaron, cuando las guerras por un tiempo no afectaron demasiado a las poblaciones civiles y el capitalismo hizo que en general fuera posible vivir de rentas, sólo entonces la clausura papal llegó a observarse estrictamente de verdad... en los lugares donde todavía quedaban algunos monasterios de monjas para observarla. Pero ahora otra vez se ha vuelto extremadamente difícil observarla en muchos lugares. Por razones económicas, donde ya no se puede vivir más de rentas, y también por razones de salud: cada vez menos personas están en condiciones de soportar una clausura estricta sin enfermarse de neurosis.

Pero después de exponer todas las objeciones, debemos además reconocer que la clausura es una gran ventaja. 1) Como una oportunidad de renunciar (por amor a Dios) a muchas otras cosas preciosas: contactos, amistades, informaciones. 2) Como una oportunidad de silencio y recogimiento (con la condición de que no lo llenemos con nuestro propio ruido) que ha sido dispuesta por Dios como el único camino directo hacia El para nosotras las monjas. 3) Como ayuda para el control de uno mismo.

Aquí es donde habita nuestro Señor y donde nos espera a nosotras y a nuestra atención indivisa. "*Foris vagentur virgines stultae... tu intrinsecus esto*

cum sponso. ... Fugit enim plateas, fugit conventus et strepitus fori" (San Ambrosio).

Los Padres dicen que podemos pasar una eternidad en una celda sin aprender el modo apropiado de vivir en ella. Esto es también verdad respecto de la clausura. No venimos aquí para conseguir otro "mundo" en miniatura. El monasterio alberga a una comunidad, pero no debemos vivir en esa comunidad como en cualquier grupo de personas. No debemos destruir el silencio de los demás ni por oficiosidad ni por excesivas exigencias. No debemos usar nuestro conocimiento de reglas y observancias más que para imponernos a nosotras mismas su cumplimiento. Debemos pensar en nuestros prójimos tanto como sea necesario, para ayudarlos, pero olvidar todos los demás aspectos de su presencia: por ejemplo, la preocupación por asegurarnos de su buena opinión o por exponerles nuestras intenciones una y otra vez. Si no podemos soportar que nos malinterpreten, sería mejor que renunciáramos a la vida monástica; existe el peligro de que la pasemos, ya sea conversando o bien en interminables soliloquios en lugar de rezar.

Hay también —a través de la oración— un vínculo estrecho entre la clausura y la humildad. En vano cerramos nuestras puertas si no podemos acusarnos a nosotros mismos y aceptar a nuestros prójimos como son. Vivir enclausurado es justamente eso: una constante conciencia de la presencia de Dios, contricción y una humilde buena disposición hacia nuestras hermanas. Entonces la clausura es fructífera.

11. Sobre la misericordia

La beata Juliana, santa Gertrudis, santa Margarita María, santa Teresa de Lisieux... mujeres cuyo mensaje fue recordar al mundo que Dios es Caridad y Misericordia.

Hubo muchas más. Aparecieron en la época en que muchos hombres consideraban una debilidad y una vergüenza demostrar misericordia; en la mujer, sin embargo, se consideraba natural. Las mujeres, pues, pudieron comprender la piedad y la misericordia también en Dios.

Para poder participar en esta vocación —como deberíamos— primero debemos experimentar nuestra propia necesidad de misericordia y darnos cuenta de cuánto se nos ha perdonado. Hay un simple test: la cantidad de misericordia que tenemos con los demás nos demuestra cuánto hemos aprendido acerca de la misericordia de Dios con nosotros.

Mientras podamos hablar una palabra o mover un dedo, jamás falta la oportunidad de transmitir la misericordia de Dios. De todos modos pareciera que hay muchas ocasiones para proferir palabras duras mientras lamentamos nuestra supuesta falta de oportunidad para hacer grandes actos de misericordia. En realidad, no hay vocación en la Iglesia que no dé la oportunidad de

aprender a amar mejor a nuestros prójimos, una vez que decidimos aprovechar la oportunidad que se nos brinda y no otra imaginaria que podríamos tener si estuviéramos en alguna otra parte. Y esto no es condescendencia de nuestra parte: es sólo el estricto deber, como se demuestra en la parábola del Deudor.

Una mujer despiadada es mucho peor que un hombre cruel: hubo ejemplos. Pero el obstáculo más conocido en nuestro camino hacia la misericordia es quizás la susceptibilidad. Todos esos sentimientos de ofensa, esos resentimientos largamente encubiertos, por pequeñas cosas o naderías, pueden construir una gruesa pared a nuestro alrededor. La Beata Isabel de la Trinidad decía que la hipersensibilidad era su falta principal, y la combatió tratando de no ofenderse ante cada palabra fuera de lugar, o si se ofendía, de perdonarla. Lo que se perdona, muy pronto se olvida. Esta mística a quien le fueron concedidos grandes dones de oración, utilizó su tiempo y sus fuerzas enseñándose a sí misma a tolerar la presencia de sus hermanas, e hizo todo lo que pudo para convencerse que no eran tan malas como las veía: la falta estaba en sus propios ojos, no en ellas. Fue un duro trabajo, pero si quería ser capaz de recibir esos dones de oración, no podía tomar otro camino. Esto es quizás lo que nos muestra la diferencia entre la oración y una técnica de meditación.

Una importante estipulación: sería un error pensar que todo esto es más o menos objeto de un grado adicional de santidad, como si fuera un ornamento superfluo que ponemos o no a nuestra voluntad. Muy por el contrario: aquí se juega nuestra propia salvación. Una vez que descubramos que no podemos entrar al Cielo de otro modo si no es por la misericordia de Dios, comenzamos a suplicársela y entonces recordamos que solamente los que perdonan, son perdonados.

Como mujeres, como Novias del Señor, como aquellas a quienes el Señor ya ha hecho misericordia estamos llamadas a derramarla en el mundo: la "Ruchama" de Oseas, la "Kecharitomene" de Lucas. María recibió la Misericordia y la dio a luz: Madre de la Misericordia Encarnada, nuestro Modelo ideal.

12. Sólo algunas viejas: sobre la Fidelidad

De vez en cuando oímos que los sacerdotes se quejan de que nadie asiste a sus misas de la mañana: "¡Sólo hay algunas viejas en las iglesias!" Ahora bien, incluso aunque las viejas no tuvieran almas inmortales que salvar como cualquiera, la desgracia de "sólo" su presencia es por lo menos compartida con Cristo en el Calvario. Y mientras el sacerdote puede tomar esto como un consuelo, si quiere, y dejar ahí el asunto, yo, que soy mujer y monja, tengo derecho a hacerme algunas preguntas.

1. Si es verdad que las mujeres han demostrado que son singularmente capaces de permanecer fieles en la adversidad, de adherir a causas perdidas o riesgosas, con tal de que sea la causa de alguien a quien aman ¿qué sería natural para mí como mujer: convertirme en una feminista radicalizada o mantenerme al margen del movimiento?

A primera vista la cosa parece evidente: tomar partido por las oprimidas. Pero a medida que me entero de las ideas del grupo, más segura me siento de que lo que realmente a ellas las agravia no es tanto el hecho sociológico de su posición "inferior", como el hecho fisiológico de ser mujeres: el hecho de tener hijos y de poseer una voz aguda, se está tomando actualmente como ejemplo de la injusticia y opresión que sufren. Ahora bien, esto es resentimiento contra el mismo Dios que hizo a los sexos diferentes: ¿debo yo, que soy monja, participar de este resentimiento (¡yo no tengo hijos pero tengo voz aguda!) o debo considerar este hecho como una razón suplementaria para mí, para tratar de comprender mejor la idea de Dios?

2. El grupo es gritón y agresivo, no tanto en mi país, pero esto no hace a la diferencia. Están ganando terreno entre las llamadas clases cultivadas. Pero su clima es de intolerancia: se ofenden por anticipado con todo argumento opuesto a los suyos y lo tratan con desprecio como hipócrita y malintencionado. En resumen, evidentemente se están volviendo tan parciales como aquellos a quienes condenan: de ellas se puede esperar que cambien el poder, no que lo compartan. Para un hombre, quizás, todo esto no sería una razón lógica, sólida como para mantenerse al margen de una causa, pero yo no soy hombre y tengo derecho a mi propio camino de tomar decisiones. ¿Acaso tengo que parecerme a un hombre para complacer a las feministas radicalizadas o para escapar a su censura?

3. Es verdad que Dios no es ni femenino ni masculino, ni tampoco hermafrodita: El está simplemente por encima de esas distinciones. Pero continúo escribiendo "El" a pesar de todo, porque creo que Jesús es Dios. El es el mismo Dios que creó los sexos que consideró la historia y así eligió una cultura patriarcal para encarnarse en ella. Además El habló de Dios como Su Padre, no como Su Madre, ni tampoco trató de inventar ningún nuevo modo de referirse a Dios sin género. Hubo algo en esta disposición, entonces, que a Dios le pareció bien. Aunque creo firmemente —basándose en Su propia palabra— en la igual dignidad de ambos sexos, me inclino a suponer que hay algún significado adherido a la masculinidad y a la femineidad que era lo suficientemente importante como para que el Dios Encarnado lo usara. Yo, como mujer y como monja ¿estoy atada por esas opciones hechas por Uno que es mi opción? Pienso que lo estoy y mucho más desde que están siendo discutidas con tanta violencia. Considero que es un asunto de fidelidad. Quizás me estoy volviendo vieja (48

años, de hecho). Pero ¿quién me condenará por ser “sólo una vieja”? Jesús no, por supuesto.

*Traducción del inglés por
Hna. María Isabel Guiroy, osb
Monasterio Nuestra Señora del Paraná
3114 Aldea María Luisa - Entre Ríos
Argentina*

84-112 *Żarnowiec-na Pomorzu 43*
Polonia

Margarita BORKOWSKA, osb